TESTIMONIO DE UN POETA, TESTIMONIO DE UNA ÉPOCA

Intervienen:
ROSARIO «LA DINAMITERA», MIGUEL ABAD MIRÓ,
GABRIEL BALDRICH, ARTURO DEL HOYO, LEOPOLDO DE LUIS,
MANUEL MANRESA MARUHENDA, VALERIANO BASILIO MARQUINA,

LUIS RODRÍGUEZ DE ISERT

Moderador:
JUAN MARTÍNEZ LEAL

Transcripción:
JUAN MARTÍNEZ LEAL

Juan Martínez Leal: Buenas tardes, señoras y señores, vamos a dar comienzo a la mesa testimonial, y como moderador de este acto, permítanme que realce la singularidad que tiene en el marco del Congreso que estamos realizando sobre el poeta, hoy en esta ciudad de Elche, tan entrañablemente unida al recuerdo de Miguel Hernández. Quienes a continuación van a intervenir, y de cuya presencia nos honramos son, a la vez, testimonio vivo del poeta y testimonio de una época, tal y como quiere el enunciado del título de esta mesa. Eran jóvenes como Miguel, y vivieron con intensidad un tiempo esperanzado, convulso y trágico. Todos conocieron a Miguel en diversas circunstancias, todos lo quisieron y todos lo admiraron. Hoy aquí, en este acto, abrimos un resquicio para el enorme poder evocador de la memoria. Seguro que a través de sus palabras la presencia de Miguel, permanente en su obra, se hará aquí viva y más vibrante.

A continuación les voy a presentar a las personas que van a intervenir y que están sentadas en la mesa. Quiero decirles que a última hora se ha producido la gozosa incorporación de Rosario «La Dinamitera», quien inspiró el poema de Miguel Hernández. Será la primera persona en intervenir. A continuación intervendrá D. Miguel Abad Miró, pintor y arquitecto, amigo de Miguel Hernández, vivió con especial intensidad los últimos momentos de la vida del poeta. Gabriel Baldrich, poeta y periodista, conoció a Miguel Hernández en Alicante durante la guerra, y precisamente en Alicante durante la guerra se publicó un poemario «Versos en la guerra» en el que se recogían poemas de Leopoldo Urrutia (o de Luis), el propio Baldrich y Miguel Hernández. A continuación intervendrá Arturo del Hoyo, crítico y ensayista, es conocido sobre todo por ser el primer editor de la «Obra Escogida» de Miguel Hernández en 1952; conoció también al poeta en los tiempos de la República, del Madrid de la República. Le seguirá Leopoldo de Luis que es poeta, escritor, y un conocido crítico hernandiano; conoció a Miguel en Alicante durante la guerra, como antes he citado y, como también he dicho, los nombres de Baldrich, de Leopoldo de Luis y de Miguel Hernández, aparecen en el poemario citado. Le seguirá el cuñado del poeta Manuel Manresa Maruhenda que, evidentemente, trató muy de cerca al poeta desde antes de la guerra y siguió muy de cerca su trayectoria

hasta el final de la guerra. Le seguirá Valeriano Basilio Marquina, que fue el jefe de las operaciones del ejército que tomó para el Gobierno de la República Teruel. Conoció a Miguel Hernández ya en los tiempos de la defensa de Madrid y también lo tuvo, digamos, bajo sus órdenes, o bajo su amistad, durante la toma de Teruel y después en Albalá de Sorell. Quiero decir que ha venido desde Argentina para participar en estos actos.

Finalmente, Luis Rodríguez fue compañero de cárcel y de celda de Miguel Hernández, en la cárcel madrileña de Torrijos y testigo, entre otras cosas, del proceso de creación de las «Nanas de la cebolla».

Una vez presentadas las personas que intervienen en este acto, sólo quiero decir, y creo que con ello me hago eco del sentir de todas las personas que hemos venido a escucharles en este acto que hacia a ellos tenemos un doble motivo de agradecimiento: primero por su presencia aquí, pero, sobre todo, por su fidelidad a la memoria del poeta, a la memoria de Miguel Hernández.

Tiene la palabra Rosario «La Dinamitera».

Rosario «La Dinamitera»: Buenas tardes. Pues sí, vamos a recordar un poquito entre todos el tiempo de 1936, del primer año de la guerra civil española, donde por los meses quizá de agosto del 36 a febrero del 37, tuve esta relación porque trabajábamos juntos. Estábamos en la 46 División de «El Campesino», donde yo llevaba ya allí con la División desde el 18 de julio, cuando estalló la guerra. Aquí hay un testigo presente, que es Marquina, que fue mi primer Comisario, este señor que ahora está en la Argentina, que está exiliado me parece que 50 años ó 53 años. Miguel Hernández hizo la poesía porque se enteró de mi trayectoria en el ejército. Yo me había presentado como voluntaria para defender la Constitución, la República y el Gobierno...

Pertenecía yo en aquellos tiempos a la J.S.U. del sector oeste de Madrid. Vivía en la calle Noviciado y me cogió todo en aquella zona; por allí salió mucho joven voluntario de 16 y 17 años, y yo estaba dentro de la J.S.U. en un centro cultural que se llamaba «Aida Lafuente», y estaba allí para aprender «el corte», y entonces pues..., pues estalló la guerra, y al día siguiente se presentó... Bueno la guerra estalló para mi entender a las 3 de la mañana o una cosa así, y al día siguiente estaban preguntando... yo fui al corte como todos los días y estaban preguntando con mucha ansiedad por voluntarios, voluntarios y un lápiz y un cuadernillo para ir apuntando gente. Como estaban preguntando por voluntarios en el centro cultural, y precisamente en una sala de corte y confección que era de mujeres, de chicas, pues yo miré alrededor y no sabía por quien lo decía; creí que lo decía por algunos chicos que había por allí, pero en ese momento no había nadie, yo estaba sola creo, no sé si había alguna chica también por allí. El caso que se me ocurrió preguntar: ¿Las chicas también? Dice: «Sí, sí, sí las chicas también».

Yo no me preocupé de preguntar a otras chicas, era muy independiente, claro que para algunas cosas. Y entonces sin preguntar a nadie, ni a mi familia si podía, le dije: «Apúntame». Yo tampoco le pregunté para qué. Y a otro día, a las 8 de la mañana, pues todos para la Sierra. Yo no sabía en qué me iban a emplear, pero bueno, iba decidida a lo que fuera, el caso era defender a la República. Cuando llegamos nos dieron un equipaje con el mono, la manta, el mosquetón, los platos, la cuchara... y el fusil y una pistola. Entonces toda mi intención fue... estaba tan decidida a no arrepentirme nunca, estaba tan decidida a cumplir como un chico, que me hubiera gustado ser chico; hasta Miguel lo canta y lo dice: «Quiere ser varón», y es porque muchas veces lo decía: «Me da una rabia no ser hombre...»; porque es que, bueno, tuvimos suerte, porque las mujeres fuimos allí... y como éramos voluntarios, y como todos salíamos de partidos políticos, pues

respetaban mucho a las chicas en todos los sentidos, pero más que nada casi en conceptuarla como a un chico más. Eso me agradaba muchísimo. No tenían el miramiento, a mí no me hubiera gustado que tuvieran miramiento de que yo era mujer. Si tenía que hacer una guardia me la mandaban, si me tocaba a las tres de la mañana, como si me tocaba a las siete de la tarde; allí no me perdonaba nadie la guardia. A mí me parecía muy bien eso.

Bueno, entonces pasó... Yo estaba en un parapeto que le llaman «La Piedra del Alemán», que era muy peligroso porque cuidaba el agua de Madrid, y el enemigo estaba solamente pendiente de ver en qué momento nos cortaba el agua a Madrid. Si hubiera cortado el agua a Madrid la guerra no hubiera durado 3 años. Quizá hubiera sido mejor, quién sabe, pero en los tres años había esperanza de vencerlos, ahí estaba nuestra resistencia. El caso es que nosotros lo defendíamos como leones. Siempre me ha dolido ver caer tantos chicos nuestros como caían por defender esas posiciones, pero yo hubiera estado dispuesta a caer también, no pensaba en que era yo la que iba a caer. Y así estuve unas semanas, quizá tres, quizá cuatro, digo poco, porque a los dos meses perdí la mano, caí herida.

Estuve una temporada ahí y luego fui elegida sin saber porqué, eligieron diez o doce hombres, muchachos, chicos y a mí, porque en cinco autocares que salimos del sector oeste sólo iba yo como chica. No me pesa, nunca me vi asediada con los chicos, nunca me hicieron sentirme mujer, era un chico entre ellos. Nos eligieron para dinamiteros, y con mucha disciplina pues me fui al grupo de dinamiteros, como si me hubiera tocado al grupo de ametralladoras, hubiera ido lo mismo.

Pasaba que no teníamos armamento, no teníamos ningún tipo de armamento y teníamos que improvisar las bombas con los botes de leche condensada. El capitán de dinamiteros lo pensó. En aquel momento no había más que mosquetones, que pesaban horrores, que ibas a disparar y caías de espaldas, unas herramientas malísimas. Bueno pues allí estuvimos, confeccionando esas bombas como nos decía el asturiano, y allí caí herida en una de las pruebas que se hacían por las mañanas con los cartuchos de dinamita, intentando hacer unas descargas cerradas.

Estuve como unos quince días en el hospital, y pensé que, francamente, «si yo había ido a defender a la República teniendo dos manos, pues algo podría hacer aunque tuviera una», y volví al cuartel otra vez.

Muchos heridos, muchos heridos, hombres, muchos hombres, en cuanto tenían una herida, aprovechaban para darse de baja y salvarse de una posible muerte. Pues yo acudí al cuartel y estuve dos años y medio en el cuartel. Me destinaron a la Comandancia y estuve primero como telefonista y allí conocí a Miguel. Me lo presentó otro muchacho, un poeta, Antonio Aparicio. A Miguel no lo había visto nunca, nunca le vi en el frente, nada más le vi en la Comandancia. Y entonces el otro compañero me dijo: «Mira este es un compañero que es poeta, que ha escrito esta poesía, él es el Comisario de Cultura»... Y entonces Miguel dijo: «Léela, a ver que te parece». La leí, y francamente, me pareció preciosa, preciosa... Estaba yo orgullosísima de aquella poesía, y sigo estándolo. No importa, soy mujer, pero me siento soldado. Y conste, quiero hacer una salvedad: soy enemiga de las guerras. Y los que estaban allí, y morían y caían heridos, nunca fueron amantes de las guerras. La guerra no la quiso la República. La República había tenido muchos votos, sobrantes, de más, para haber gobernado tranquilamente, pero hubo quien no le interesaba la República, se sublevó y nos fastidió a todos, que hubo muchas muertes por aquellas circunstancias. Aunque yo hable con entusiasmo, es en recuerdo de las personas que conocí, no bendiciendo la guerra, que maldita sea, pero bueno, pues

entonces... que sí, que la poesía era preciosa, que me gustaba mucho. Y entonces, enseguida, esa poesía la publicó Miguel. Dijo Miguel que porqué no íbamos a una emisora de radio, que me parece que era «Radio España» y yo leía unas cuartillas y él aprovechaba y me presentaba con la poesía. La primera vez que la hizo pública, la presentó por radio...

Los meses que estuvo allí Miguel escribía muchísimo. Él formó el periódico «Ataque», el periódico de la División. Se dedicaba mucho a hacer periódicos murales, escribía a todos los periódicos, a «Frente Rojo»... Hemos encontrado hace poco un periódico que se llamaba «Mujeres», publicó la poesía con un dibujo que hizo él, presentó un dibujo con una chica, con una melena más larga que la que yo tenía, no era mi melena, con la mano muy estirada y la explosión de la bomba. Como Comisario de Cultura, se preocupó muchísimo de la cultura, cada compañía tenía un maestro de la cultura, cada compañía, que son, al fin y al cabo, 100 hombres. Era un Comisario de Cultura con la misma categoría que un Comisario político, pero dedicado totalmente al trabajo de la Cultura... ¿Sigo, o corto? (Aplausos)

Juan Martínez Leal: Comprendo que estaría horas hablando apasionadamente de Miguel, pero en el coloquio podrá profundizar algunos aspectos. Muchísimas gracias. Ahora tiene la palabra Miguel Ángel Miró.

Miguel Abad Miró: Yo no sé que pinto aquí, soy pintor y no sé que pinto porque aquí la mayoría son poetas, escritores, literatos o testigos presenciales. Yo soy el pintor, pero la pintura mía de la que se ha hablado ya esta mañana en el Congreso, los dibujos, relacionados con la guerra y con Miguel Hernández, es decir, con eso que llaman la inspiración, eso que decía el maestro Picasso, que la inspiración existe, si llega, que nos coja trabajando. Pues esa inspiración, me la ha dado en muchas ocasiones hasta unas palabras sólo de un verso de Miguel Hernández. Aquí en Elche hay una exposición de 50 por 50, de cuadros en los que la inspiración de mi aportación fue simplemente el título de los últimos poemas que se publicaron durante la guerra: «El hombre acecha».

Mi postura aquí va a ser eliminar mi posición como pintor y mucho más como arquitecto, y hablar simplemente de mi contacto con Miguel. Esto se sabe ya y no vale la pena repetirlo una vez más. Yo estoy siempre dispuesto a hablar de Miguel Hernández. De momento lo único que quiero decir es que el contacto con Miguel fue cortísimo desgraciadamente. Me presentó un amigo común, en la calle, delante del Mercado Central, para que le acompañara al Socorro Rojo y le proporcionaran algún alimento para su hijo, porque decían, y eso es lo que quiero resaltar, que Miguel era un hombre tan tremendamente modesto en su posición, que entonces ya era una posición, estamos hablando de final del año 1937, que vivían él y su mujer de la cartilla de racionamiento y le daba vergüenza pedir alguna cosa de más. Como yo había sido el ilustrador de un poema suyo que publicó «El Socorro», pues, el amigo común, Antonio Blanca, dijo: «Tú que conoces el sitio, acompaña a Miguel para que le den algo». Le dieron leche condensada y leche en polvo, en fin, algo para aquel niño que murió, aquel Manolito.

Después, terminada la guerra, Miguel sufrió todo ese periplo de cárceles que todos conocéis, y cuando llegó a la cárcel de Alicante un día se me presentó una señora delgadita, morena, con un chico pequeño y me dijo:

– ¿Vd. hace fotografías para los hijos de los presos?, y le dije: «No, no hago fotografías para los hijos de los presos –pensar que estábamos en plena persecución fascista, luego diré un detalle– sino que hago fotografías para los hijos de mis amigos».

– «Es que yo soy la esposa de Miguel Hernández».

– «Pues haber empezado por ahí, señora».

Al día siguiente fuimos al jardincito aquel de Benalúa, y esas fotos que todos habéis visto y que están en el catálogo de la exposición, pues, le hice una colección de fotografías. Desde entonces, estuve en contacto con su mujer, porque la muerte le estaba persiguiendo a Miguel desde tiempo y veíamos que la cosa no iba como es debido.

Pero para que veáis hasta que extremo era difícil esa situación..., pensad que en el momento que el cadáver de Miguel salía del reformatorio para ser entregado a su familia, esperándolo habían cinco personas, y de esas cinco, si vive, que espero que viva, Elvira, la hermana de Miguel. Bien, pues, aparte de ella, sólo quedo yo. Eso da una idea de que, así como los presos del interior de la cárcel, sabían quien era Miguel Hernández y sentían su fallecimiento y se mostró con la primera actuación de una pequeña banda que se había formado allí, y que tocó una marcha fúnebre para acompañar el cadáver hasta su salida del recinto, pues, imaginaros, ahora que estamos reunidos aquí este grupo enorme de personas comparado con aquel grupito de personas en una jardinera detrás de un furgón fúnebre. No era siquiera un coche de esos de cristales, era un furgón fúnebre hasta el cementerio.

Como detalle final, os diré que Ricardo Fuente y yo, quisimos destapar el cadáver de Miguel, porque no sabíamos si estaba desnudo, si estaba vestido, porque nos lo entregaron cerrado en un féretro, claro. Y allí –dijimos– para que no lo vieran las mujeres hasta que sepamos como está, y entonces destapamos el féretro y me encontré con esa cosa que aún me obsesiona: el cadáver de Miguel era una especie de ninot de falla, tan flaco, tan extremadamente flaco y con los ojos abiertos. Entonces se me salió del alma el comentario: «¡Ni siquiera le han cerrado los ojos!». A la media hora el director del reformatorio sabía lo que yo había dicho. Y el mismo día llamó a Ricardo Fuente, que era el último que había salido del reformatorio para decirle que Miguel no tenía los ojos cerrados porque no se le podían cerrar. Nosotros intentamos cerrárselos y, efectivamente, fue una cosa dificilísima, pero se lo cerramos lo suficiente para que no se encontraran las mujeres con aquel golpe de efecto tan tremendo, y entonces el director, muy seriamente, leyó delante de Ricardo el informe diciendo que Miguel no tenía los ojos cerrados, porque estaba tan delgado que no podían cerrárselos. Después han intentado muchas explicaciones distintas, no sabremos jamás, porque por mucho que..., pensar que los que estaban cuidando a Miguel tampoco podían moverse libremente por dentro del recinto carcelario, y que no habían unas monjitas que cuidaran los enfermos. ¿En qué momento falleció Miguel? Pues en un momento en que estaba con los ojos abiertos, como todos los muertos. Nada más. (Aplausos).

Juan Martínez Leal: Muchas gracias, tiene la palabra Gabriel Baldrich.

Gabriel Baldrich: Amigos, buenas tardes. Bien claro está que me encuentro aquí por mi relación personal con Miguel Hernández. Fue compañero mío, yo también combatí en las fuerzas republicanas, en las fuerzas de la libertad, me gustaría llamarlas mejor en estos momentos. Y como él, aunque en grado menor, porque yo entonces estaba en mis balbuceos literarios, pero como él publiqué también muchas composiciones poéticas y muchos reportajes de guerra. Miguel ya era un poeta cuajado y yo entonces era un humilde alevín de poeta. Tuve trato personal con él en distintas ocasiones, pero como aquí hay personas que tuvieron un trato más prolongado y más profundo que el mío, cedo a ellos la cancha en este aspecto para que le hablen de cosas personales de Miguel.

Ustedes me van a permitir, no que yo me vaya por los cerros de Úbeda, porque está programado así, pero que les hable de la época de Miguel. Porque la época de Miguel Hernández coincide casi milimétricamente con la mía. El era algo mayor que yo, yo tengo hoy 77 años, Miguel tendría 81, pero los dos compartimos las mismas inquietudes, las mismas ilusiones en un período dramático, más bien que dramático, trágico de la historia de España.

Mi pregunta, o la pregunta que se harán los que son jóvenes y hoy nos escuchan es: ¿Por qué cogimos el fusil, los que lo hicimos voluntariamente, los jóvenes del 36? La respuesta no puede ser de ninguna manera, monolítica, dogmática, cerrada. La respuesta se presta a la polémica, y yo no quiero hablar excátedra, pero estoy obligado a dar mi impresión personalísima.

¿Qué ocurría en aquel tiempo desgraciado? Ocurría, refiriéndonos a nuestro país, que contábamos con unos latifundistas que no tenían una cultura, más que la justamente necesaria para calcular el valor de sus cosechas o de su ganado, y, por otra parte, una muchedumbre inmensa de juanes sin tierra, que vivían en la miseria, incluso en los períodos de más abundante cosecha. En aquella época teníamos un clero tan tridentino que consideraba merecedor del castigo de los infiernos a todo aquel que tuviese ideas liberales; pero es que también, por otra parte, había una turbamulta de anticlericales tan rabiosos, tan iconoclastas, que hacían la competencia, aunque en el sentido inverso, al propio Torquemada.

Por lo que respecta al extranjero, ¿qué espectáculo contemplábamos los jóvenes? El de unas democracias grotescas, que fueron incapaces de hacer frente, como se demostró más tarde, a las ideas expansionistas de Hitler y Musolini. Y esas democracias de la II Guerra Mundial, no lo hicieron, fueron incapaces de hacerlo, y eso sublevaba a quienes éramos jóvenes en aquel tiempo.

Por lo que respecta a nuestro gobierno, lamentablemente, tengo que decir que sucedía tres cuartos de lo mismo. Tampoco hizo nada, a pesar de que en el propio Congreso Casares Quiroga dijo que nunca se declararía una guerra civil en España. Solamente 24 ó 48 horas después se vio que aquel pobre hombre estaba más desorientado que una gallina en un baile, que no tenía ni idea de como estaba el país.

Todo esto, ¿qué significaba para la juventud? La juventud por naturaleza es impulsiva, es ingenua, la juventud se siente redentora, y se siente rebelde e inconformista frente a todo este estado de cosas. Y era lógico que desengañados de aquel ambiente, de aquellos gobiernos interiores y exteriores incapaces de resolver los enormes, los gravísimos problemas sociales y económicos, era lógico que la juventud se volcase hacia ideas extremistas, contando además que en aquella época estaban, Rusia por una parte, la URSS por una parte, y el nazismo y el fascismo por otra parte que contaban con poderosos medios de propaganda, naturalmente ocultándonos los crímenes que se cometían detrás de esas presas, de esas maravillosas universidades, detrás de esos desfiles fantasmagóricos a la luz de las antorchas, ocultándonos todo aquello, pero era lógico que la juventud se inclinase hacia un lado u otro.

No me gusta hacer una versión maniquea de lo que fue aquel tiempo. Decir: «Todos los buenos estaban de un lado y todos los malos del otro». Esto es falso, a mi modo de entender. Repito que lo que estoy hablando se puede prestar a la polémica, pero a mi modo de entender esto es falso. Aquí tengo precisamente unas palabras de mi entrañable compañero Leopoldo de Luis que me escribió como prólogo de un libro aún inédito, pero figuran esas frases. Me decía Leopoldo: «Éramos jóvenes alegres y nos movíamos en un clima de entusiasmo colectivo. Lo nuestro no era estoicismo, sino fer-

vor juvenil. Pensábamos que de pronto el mundo había puesto en nuestras manos su rumbo y aceptábamos el reto, más que con jactancia con ingenuidad. Y creo que a los jóvenes de las otras trincheras debía de ocurrirles lo mismo».

Yo me identifico totalmente con las palabras de Leopoldo. En aquellas trincheras también había jóvenes ilusos, que luego se sintieron frustrados, fracasados porque vieron que aquellas ilusiones que habían depositado en un amanecer, ese amanecer jamás llegó a España.

¿Y qué decirles?, porque debo terminar. Acabó la guerra, y los jóvenes, que fuimos los santos inocentes de la tragedia que se representó en el escenario de España, pagamos por los mayores que fueron los culpables de la guerra civil, como fueron los culpables de la guerra mundial. Los mayores de aquella época fueron los culpables. ¡Nunca los jóvenes! Pero nosotros pagamos, y como paradigma, como ejemplo claro de cómo pagaron los jóvenes culpas que no tenían, está la muerte de Miguel Hernández, muerto en plena juventud, como consecuencia de la derrota del ejército de la República.

Yo no sé lo que habríamos hecho nosotros. La verdad es que no lo sé. Tengo la impresión de que los Ridruejos y demás poetas jóvenes de las otras trincheras no habrían padecido lo que padecieron los poetas que combatimos por la libertad. Y nada más, muchas gracias. (Aplausos).

Juan Martínez Leal: Muchas gracias, tiene la palabra, ahora, Arturo del Hoyo.

Arturo del Hoyo: Miguel Abad nos ha hablado del entierro de Miguel Hernández. Unos años después también colaboró en levantar a Miguel Hernández, ponerlo otra vez en pie, haciendo la edición de «Seis poemas inéditos y uno más», una bella edición, una carpeta, que fue uno de los hitos en la resurrección de Miguel Hernández. Los poemas de Miguel Hernández circulaban..., yo era profesor en un colegio de segunda enseñanza, y los alumnos llevaban estos poemas últimos, me los enseñaban a mí, circulaban..., en el Ateneo también. Es decir, había una especie de transmisión entre la calle, en los centros, de estos poemas, pero por vez primera aparecen publicados en esa carpeta, una bella carpeta que hicieron Abad, Molina, Ramos, Fuente.

Se había intentado en revistas como «Halcón» ir publicando poco a poco de Miguel, pero eran, pudiéramos decir, unas apariciones casi silenciosas y, en cierto modo, parecía que estaba enterrado el poeta. Había poetas como el propio Aleixandre, que alguna vez hacía una elegía y ponía «a M.H.»; era una cosa que estaba en el ambiente, pero no se había roto el silencio. En algunas antologías aparecían algunos versos, y entonces el azar quiso que yo tuviera una participación en esta resurrección, entre todos lo levantamos como pudimos.

El azar quiso que yo ingresara en la editorial Aguilar en un momento en que ya se había hecho el contrato para la publicación de un libro con textos de Miguel Hernández. Antes se había intentado hacer las obras de Miguel en Buenos Aires. Guillermo de la Torre, con motivo de aquella fatal excursión a Baeza para inaugurar el monumento a Antonio Machado, que nos corrieron por aquellas explanadas a golpes, me contó que en Buenos Aires no se atrevieron a publicar las obras de Miguel Hernández por su carácter comunista. En el pensamiento de Vicente Aleixandre, que en cierto modo, era el albacea, no había otra opción que ver si se publicaban en Madrid, y en Madrid estaba la editorial Aguilar.

La editorial Aguilar era una editorial rara, porque D. Manuel Aguilar había sido un antiguo anarquista, había sido profesor en las escuelas de Ferrer en Barcelona, su sobri-

no, sobre todo el mayor, era Comandante de una Brigada; cuando salió de la cárcel, todos los sargentos, cabos, milicianos, todos pasaron a la editorial; es decir, se formó una especie de Brigada Editorial, en que allí todos éramos, o procedentes de campos de concentración, o compañeros de Brigada de José Aguilar, o procedentes de la cárcel de Burgos. Era un ambiente que predisponía a que saliera la obra de Miguel Hernández, y no se planteó ningún problema de contratación.

El problema era: ¿qué es lo que se sacaba? Lo fundamental era sacar lo inédito. En eso Vicente Aleixandre y, tal vez, Leopoldo de Luis, si me lo confirma, tuvieron el papel de ir transcribiendo los poemas, y por vez primera se tenía ocasión de esos poemas que estaban circulando semiclandestinamente y el «Cancionero y Romancero de Ausencias» que era totalmente inédito, de sacarlo a la luz. Eso se podía haber sacado a la luz en un librito mínimo, pero eso no cubría otros objetivos que tenía la edición: que la familia del poeta recibiera unos derechos de autor. Entonces el propósito fue hacer un libro lo más gordo posible, e hicimos quinientas sesenta y tantas páginas.

Allí metimos desde «Perito en Lunas», que entonces no tenía el interés que pudiera tener hoy, porque lo que interesaba era la publicación de lo inédito, metimos todo lo que pudimos y solamente dos poemas de «Viento del Pueblo» que era lo que se podía poner, que los eligió Vicente Aleixandre, «Sino Sangriento» y..., no recuerdo cuál es el otro. El caso es que, de esa manera, hicimos una especie de cuerpo que albergara con el auto sacramental lo que nosotros pretendíamos. A eso le añadimos una bibliografía y salió el libro.

Pero, de pronto, se armó una..., claro, nosotros no éramos ingenuos, pero estábamos en una especie de locura allí dentro..., y salió libro y no fue mal recibido al principio, lo pusieron en los escaparates, pero a los pocos días con otros motivos también relacionados, en el Instituto de Cultura Hispánica, se armó una verdadera avalancha de comentarios del que, por ejemplo, el que más gracia me hizo fue uno, uno que era un escritor muy fino, muy cortés, era un escritor que leían mucho las damas de la época, se llamaba Manuel Pombo Angulo. Hizo su columna, pudiéramos decir, fina de esta manera, con este título: «Ya asoman las ratas en el barco». Es decir inmediatamente empezaron en la revista «Ateneo», en toda la prensa del «Movimiento» tremendos ataques, no tanto en los falangistas, no. Naturalmente con toda la experiencia que tenían mis compañeros que habían estado en prisión, pues, a las 8 de la mañana cuando entrábamos a trabajar, lo primero que hacían en mi despacho era ver si llegaba yo, porque pensaban que de madrugada cualquier día podían...

Esto que parece hoy una historieta, ha sido el drama de la literatura española. Hasta el año cincuenta y tantos no se publica en España «Platero y yo» desde antes de la guerra, que precisamente lo publicábamos también en Aguilar. Y así ha habido una lucha continua para poner en pie a nuestros escritores. Hoy, felizmente, no se dan cuenta los que leen, los esfuerzos que hemos hecho para que pudieran leer, pero lo que hemos hecho entre todos ha sido, no sólo conservar la memoria, sino poner en pie al poeta. (Aplausos).

Juan Martínez Leal: Muchas gracias, tiene la palabra Leopoldo de Luis.

Leopoldo de Luis: Se nos propone en esta mesa, «testimonio de un poeta, testimonio de una época». Creo que la importancia de esta frase está en que, en cierta medida, esa es una de las razones de la poesía. La poesía es siempre testimonial, el poeta está siempre, quiera o no, hasta los más evasivos, vinculado a su tiempo, a su época. Por tanto, lo que estamos aquí, sus anécdotas, ya las van ustedes recibiendo.

Quizá más que la anécdota personal, en cuanto a mí se refiere, no es más que la anécdota de cualquier otro joven español de los que desde una formación parecida, teníamos unos deseos y unos comunes sentimientos. Por tanto, conocimos a Miguel Hernández y colaboramos a este último sentimiento de llevar la poesía por unos determinados derroteros. No solamente Gabriel Baldrich, que está a mi lado, sino otros compañeros, como Jacinto Virguereña, que está siempre entre nosotros, tuvimos en definitiva una misma intención.

Por eso, creo que más que mi propia anécdota, que como ustedes han oído fue colaborar en la publicación de aquellos romances, de aquellos cancioneros, a los que también celosamente ha hecho referencia el doctor Puccini. Más que esto, busquemos lo que yo he obtenido como categoría de esas relaciones con Miguel Hernández. Y de una manera breve, sintética, creo que fueron dos: convencerme de su profundo sentido de la justicia, que es lo que le llevó a esa actitud; y su profundo sentido de la amistad.

Y brevemente dicho, les puedo contar a ustedes, el acto del 21 de agosto de 1937 en el Ateneo de Alicante, al que Gabriel Baldrich y yo asistimos, lo mismo que Ramos y Molina, como antes se dijo, al homenaje a Miguel Hernández. Y ahí Miguel Hernández contó un suceso de guerra, que a mí me parece ejemplar y sintomático. Contó cómo en un momento de una retirada en el frente, y les puedo asegurar a ustedes por experiencia, que cualquier retirada en el frente es una situación despavorida, donde los soldados pasan con cara de terror, intentado buscar lugares de mayor acomodo, Miguel encontró a un muchacho que no podía levantarse del borde de la carretera, y decía: –«¡Me dejáis solo, compañeros». Y Miguel lo coge, le ayuda a salir y le dice: –«Nadie te deja solo, compañero». Y en efecto, cuando yo he pensado aquello que nos contaba Miguel, me he dado cuenta de que era una anécdota simbólica. Miguel nos estaba reflejando ahí al pueblo español, que se quedaba sólo, que se quedaba al borde de un camino, mientras gentes y personas y países cruzaban con indiferencia.

El otro suceso, que indica su sentido de la amistad, podría estar representado por como él, unos meses después, se dirigió a mí, que por circunstancias de la guerra, y como he dicho antes, no mayores ni menores a mi mérito, sino dentro de la experiencia de cualquier joven de mi tiempo, podría yo tener algún acceso al Tribunal Militar de Sanidad que iba a juzgar a Justino Marín Gutiérrez.

Justino Marín Gutiérrez, el hermano de Ramón Sijé era un muchacho, al parecer, de salud algo endeble, y Miguel quería evitar que fuera al frente. Miguel, que se jugaba la vida, que hubiera podido con su trabajo de cultura estar en retaguardia, él, no le importó, no quiso hurtar, incluso en sus poemas hace alusiones a los que se emboscaban, según la terminología de la época, en cambio quiere, repito, con su sentido de la amistad, salvar a Justino Marín. No fue eso que ahora se llama tráfico de influencias, fue la pura justicia. Yo pude hablar con los médicos y Justino Marín fue exceptuado y no se expuso a aquello que Miguel quería evitarle. Ese sentido profundo de la amistad lo tuvo Miguel. Y yo he salido persuadido que si, como poeta de testimonio, Miguel es un caso verdaderamente elocuente, como poeta con sentido de la justicia, como poeta de sentido de la amistad, me dio pruebas que para mí han sido profundamente aleccionadoras; era para nosotros, para Baldrich también, un hermano mayor, al mismo tiempo un gran maestro, pero en el fondo, como gran poeta, un ser entrañable. Nada más, muchas gracias. (Aplausos).

Juan Martínez Leal: A continuación tiene la palabra Manuel Manresa Maruhenda.

Manuel Manresa Maruhenda: Bueno yo, como ha dicho mi gran amigo Miguel Abad, en fin, ha empezado diciendo que qué pintaba él aquí. Yo voy a procurar pintar algo, o sea dar unas pinceladas, unas modestas y sencillas pinceladas, y hablar un poco de Miguel. Es obvio que diga que quisiera tener la formación, la locuacidad y la cultura de los componentes de esta mesa, pero no obstante procuraré salir airoso dentro de mi modestia. Y por supuesto que quisiera tener esas dotes para elevar a Miguel a las cumbres más altas. Porque ya sabemos todos que Miguel se mereció el mejor de los laureles.

Una de las dimensiones que yo de Miguel precisamente he hablado y valoro es su gran humanidad, la parte humana de Miguel, o sea, la parte humanísima. Porque yo a Miguel le conocí en el año 33/34, cuando empezó sus relaciones con mi hermana, y ya de una forma más profunda en el 36 y en el 37 hasta su encarcelamiento.

De Miguel emanaba una luz, algo, algo espiritual, sublime, que te cautivaba. Era sencillo, era modesto, era amigo de todo el mundo, era angelical. En fin, Miguel..., me faltan palabras para definirlo, siento a Miguel en el alma, lo he sentido siempre. Mis vivencias con él, claro, en la guerra, y después de la guerra también, sentía por él admiración, respeto, cariño, en fin, un cúmulo de sentimientos, que te los daba él también. Por eso he dicho inicialmente que la dimensión de la faceta humana ha sido la más importante para mí. Miguel era la persona que se ocupaba de todo el mundo, se ocupaba de mi familia, se ocupaba de los amigos, se ocupaba de todos..., o sea que donde le buscabas lo encontrabas, siempre dispuesto a ayudarte, siempre dispuesto a aconsejarte, y siempre a darte algo de lo suyo. Eso era Miguel. La dimensión intelectual..., están sus libros, están estos señores que realmente han glorificado a Miguel. Yo realmente, conocí a Miguel profundamente, le quise como a mi propio padre y..., ¿qué más podría yo hablar de Miguel?

Mi relación con Miguel fue muy íntima, yo recuerdo a Miguel y posiblemente hubiera dado mi vida por la suya, por supuesto, mi vida ¿qué vale? en fin, por la suya, ¿qué valor tiene mi vida? la hubiera dado por la de él. No quiero continuar, porque no sé continuar, esto para mí es nuevo, como he dicho inicialmente quisiera tener esa formación para elevar a Miguel a donde se mereció. Con esto termino, y perdónenme que no pueda o no sepa continuar. (Aplausos prolongados).

Juan Martínez Leal: Muchas gracias, y quiero decirle que su vida es muy valiosa para nosotros. Tiene a continuación la palabra Valeriano Basilio Marquina.

Valeriano Basilio Marquina: Según Casona, no sé a quien se lo copió, «Los árboles mueren de pie» (aplausos). Entonces les voy a hablar de pie. Yo tengo inicialmente una formación militar y fui preparado para la carrera militar, pero comprendí que la ciencia y la técnica lo deciden todo, y yo soy, no español, sino españolísimo, y entonces di todo lo hecho por perdido y me fui a estudiar ingeniería industrial. Renuncié a ese porvenir y me fui a ingeniería industrial. Me propuse no ocuparme de amores ni de política (rumores y risas). De amores pude, de política no, porque los problemas de España eran tan candentes que había que estar con Dios o con el Diablo. Yo estuve siempre con Dios, con nuestro Dios, con el Dios de que la vida sea una bendición y no una maldición. Lo que hoy el hombre tiene en sus manos, ¡recontra! sobra para hacer de la vida una bendición, pero nos desgobiernan, nos descalabran, nos ultrajan unos cernícalos; y yo al estar en este evento no quiero sino decir que yo me quiero limitar a tres peticiones, porque siempre suelo contar esta anécdota. Allá en la República Dominicana, en pleno Trópico, la gente me aplaudía a rabiar y yo la seguía y la seguía. Y me dijeron: –«No Marquina, te aplauden porque hace mucho calor y quieren que termines» (risas).

Entonces, primero, felicito como íntimo, íntimo amigo de Miguel Hernández a la Comunidad Valenciana, la Generalidad y a esta gran provincia de Alicante, a la que yo estoy tremendamente ligado. No da tiempo a que les cuente las anécdotas, pero como dicen los notarios, doy fe que no me he escapado de ningún manicomio, ni de ningún cementerio, por eso no puedo contar las anécdotas, por la tiranía del tiempo, que es lo que no se repone.

Primera petición, que se recoga todo lo grandioso de su vida. Recoger las anécdotas, yo voy a dar sólo unas salpicadas. Me decía la hija del compañero que había estado prisionero con él en Rosal de la Frontera. El compañero preso le dijo a su mujer: –«Trae comida para este poeta que no tiene dinero ni comida». Y la mujer, que es siempre más conservadora, dijo: «¿Cómo quieres que yo deje a nuestros niños sin comer por traerle comida al poeta?» Y el compañero preso de Miguel le dijo: –«Pero si este es un niño». Este es un retrato de Miguel.

Otro retrato de Miguel, es que Miguel lo agarran allá y dice que él no es ladrón, porque lo agarraron con el reloj que le había regalado Aleixandre. Entonces dan con uno de esta región y les dice, «sí, es cierto, éste no es ladrón», pero ha publicado «Viento del Pueblo», y le dieron una paliza, y orinaba sangre. Le pasan por todas las cribas, y le ponen en libertad porque no hay nadie que tenga el menor cargo contra él. Este hombre, que le pasaron por todas las cribas, está condenado a muerte, y no se lo dijo a la hermana de este santo laico que está aquí a mi orilla (se refiere al hermano de Josefina, presente en la mesa)...

Otra anécdota, va a verle Cossío, que Cossío le debía un gran favor, porque, por mediación de Miguel, llegó a la frontera. Entonces, Cossío fue el que lo empleó en la Espasa-Calpe. La tónica de Miguel era la modestia. Cossío le dijo: –«Miguel, ¿cuánto quieres ganar? –«Yo con veinticinco duros me arreglo». –Eso es muy poco, te vamos a dar cincuenta. La Administración al final le dio sólo treinta. Total, que todo lo que se recorre de él es de un verdadero santo, de un verdadero Jesucristo de esa España humillada, ultrajada.

Todo esto se debe recoger en un libro para que sea espejo de los jóvenes. De ahí vendrá la renovación, que buena falta nos hace. No son días felices los que vivimos. Buena falta hace esa renovación. Miguel es de todos, es de la renovación, es de mañana... Como dicen los catalanes, «res més!». (Aplausos).

Juan Martínez Leal: Muchas gracias, D. Valeriano, muchas gracias. Finalmente, acaba el turno de intervenciones con D. Luis Rodríguez Isert, que tiene la palabra.

Luis Rodríguez Isert: Creo que me ha tocado a mí hablar de la vida carcelaria de Miguel Hernández. Yo fui socio fundador de la cárcel de Torrijos de Madrid. Era una antigua residencia de ancianos, propiedad de la fundación Fausto Elorza, durante la guerra civil cuartel de tropas transeúntes y en la actualidad ha vuelto otra vez a ser asilo de ancianos. Aquí ingresó Miguel creo que a mediados del mes de mayo y aquí fue donde empezó mi amistad con él, que no se interrumpió hasta su muerte. Yo he seguido la trayectoria de Miguel por todas las cárceles desde la cárcel de Torrijos. Yo le conocía a través de su libro «Viento del Pueblo» y aquí le conocí personalmente. Ahora, al cabo de los años, no recuerdo cómo fue que Miguel se incorporó al grupo que formábamos en la cárcel. Mi memoria lo recuerda ya como integrante en él.

Desde el primer momento, y como Miguel era el único forastero de fuera de Madrid, participó en todas nuestras escasas provisiones con las que acompañábamos el

poco y mal rancho que nos daban. Ni que decir tiene que, desde el primer momento también, nos ocupamos de que su ropa estuviera planchada y limpia.

De su estancia en la prisión de Torrijos yo voy a destacar dos cosas memorables, dos versos: «Ascensión de la escoba» y las «Nanas de la cebolla», las dos hechas en Torrijos.

La «Ascensión de la escoba», las hizo porque un día estando en formación, porque se tenía que cantar por la mañana y por la tarde «El cara al sol» y dar los gritos reglamentarios, uno de los oficiales que vigilaba la formación creyó que Miguel y otro compañero, hacían más caso de los pájaros que volaban alrededor que de cantar «El cara al sol». Entonces los castigó a barrer el patio durante una semana, y ese fue el motivo por el que Miguel hace el himno a la escoba.

En cuanto a «Nanas de la cebolla»..., Miguel trabajaba siempre por la noche. Durante el día no le veíamos hacer ningún trabajo, escribir nada. En la quietud de su petate, como allí no se apagaban las luces, él trabajaba. Una mañana cuando estábamos reunidos en el patio, dijo: –«Os voy a leer unas coplillas –él las llamó siempre coplillas– que he hecho para mi hijo. Josefina me ha escrito una carta, en la que me dice que su principal alimento es pan y cebolla». Entonces nos recitó los famosos versos de esta coplilla. Miguel no era buen recitador, ni mucho menos, pero de todas formas, emocionaba y llegaba al interior de uno. Yo le pedí si me dejaba copiar esos versos, y él mismo me los dictó. Lo que no recuerdo bien es si fue ese mismo día o al siguiente cuando copié los versos. Yo los tengo fechados el 12 del 9 del año 1939. De las «Nanas de la cebolla», aunque me adelante a su circunstancia, el porqué de las «Nanas de la cebolla», después contaré porqué yo comunicaba con él, una vez fuera de la cárcel de Torrijos, y después le iba a contar a Vicente Aleixandre todo lo que me contaba Miguel Hernández, todo lo que me decía Miguel.

Cuando Miguel murió recogí en un papel todos los versos que yo tenía de Miguel, entre ellos estas coplas de «Nanas». Al copiarlos yo pensé que a lo mejor no entendían el porqué de esos versos, y se me ocurrió poner el nombre de «Nanas de la cebolla», junto con la coletilla que pone «dedicadas a su hijo, a raíz de que su mujer le había escrito...», etc., etc. Yo me confieso autor de «Nanas de la cebolla» ... (risas y murmullos). Por lo tanto, si ustedes, intelectuales de su obra, creen que eso está mal hecho, lo borran y santas pascuas: No es de Miguel Hernández. Yo lo siento si está mal puesto. Se lo dije a Vicente Aleixandre y él me dijo que nada, pero Vicente no lo quitó. A él le parecería bien.

Miguel salió de Torrijos a últimos de septiembre, no en libertad provisional como se ha creído por la recomendación del cardenal de París, eso no es cierto. Sencillamente salió en libertad definitiva, salió en libertad definitiva porque Miguel tenía dos causas: una por haberse ido a Portugal sin documentación, y otra que le seguían por su actuación en la guerra. Estas declaraciones me las ha hecho a mí, Diego Romero, notario jubilado de Sevilla y abogado militar en el año 39. Este señor me ha dicho a mí que Eduardo Elosegui le llamó y le dijo que hiciese el favor de defender a Miguel. Cogió la causa, y cuando iba a iniciar los trámites de su defensa, Miguel salió en libertad; y me dice, efectivamente, que salió en libertad definitiva porque creyeron que su expediente, que le habían hecho por su marcha a Portugal, ya había pagado bastante y ni le juzgaron. Es más, este hombre me dijo que Miguel estuvo a verle al salir de la cárcel, le dedicó los autos sacramentales, le pidió unos versos para la virgen de su pueblo, y Miguel le dijo que no se los hacía. Este señor le ofreció su coche para llevarlo a Algeciras, y pasarle a Gibraltar, a lo que Miguel se negó

diciendo que no había hecho ningún mal a nadie, ni había matado a nadie, y que, por lo tanto, él no se iba a ningún sitio.

Perdí el contacto con Miguel; cuando volví otra vez a tomar contacto con él, Miguel estaba en la cárcel de Conde de Toreno. Desde entonces tuve un trato asiduo con él a través de la comunicación semanal a la que tenía derecho. Iba a verle todos los lunes, le llevaba comida y ropa limpia, recogía la sucia de la semana anterior y charlábamos durante quince o veinte minutos. Desde que estuvo en esta prisión me encargó que fuese a visitar a Vicente Aleixandre, al que iba a ver todas las semanas con los recados de Miguel y las contestaciones de Vicente Aleixandre, que se las daba a Miguel la semana siguiente. Ya mi último trato personal con Miguel fue en la Estación del Norte de Madrid, cuando estaba en el tren que le llevaba a Palencia. Era un tren de mercancías con bastantes vagones, todos llenos, custodiados por la Guardia Civil, que nos dejó acercarnos, lo que nos permitió charlar durante bastante rato. Cuando ya fue a salir el tren, nos pudimos dar un fuerte abrazo, porque Miguel para mí era como un hermano mayor, y yo para él como un hermano pequeño, y me pidió que escribiese a Josefina diciéndole dónde iba, dónde estaba, instrucciones para mandarle ropa y, sobre todo, que no dejase de visitar a Vicente Aleixandre para decirle lo que le pasaba.

De su estancia en Palencia poco les puedo contar porque de mi correspondencia con él sólo guardo una tarjeta que les voy a leer algunas cosas:

–«Hoy he recibido la carta con el talón de la ropa facturada, veo que no has recibido mi carta contestación a las dos suyas (escribí a mi madre porque en la cárcel no se podía escribir a amigos, tenía que ser parientes y a mi madre la escribía y ponía "querida madrina"). ¿Cómo va esa vida? Imagino que muy ajetreada y penosa. No me dice nada de la vuelta de tío Germán a Madrid. Quisiera saber qué hay concretamente, ya que la situación económica de mi mujer y la mía, en último término, sería menos estrecha. A ella, como a mí se nos hace imprescindible su ayuda, por tanto, allá, como aquí, son cada día mayores las dificultades para nuestra existencia (el tío Germán, era Germán Vergara, encargado de negocios de la Embajada de Chile, que por encargo de Pablo Neruda, le pasaba un dinero a Miguel para su manutención, que me parece que entonces eran 300 pesetas al mes; por eso habla que había que ir a ver al tío Germán)».

Voy rápido ya... Cuando salió de Palencia a Ocaña, a su paso por Yeserías de Madrid, sólo estuvo un día o dos y no me pude poner en contacto con él. En Ocaña encontró a antiguos compañeros de la prisión de Torrijos, como Fernández Revuelta y Fidel Manzanares, que fueron promotores de la famosa cena que le dieron en Ocaña. En este penal es donde empieza a tener los primeros síntomas de su enfermedad, y días antes de marchar a Alicante me dice en carta que le escriba a través de Josefina, y me manda sus señas, aunque ya no vuelvo a recibir ninguna carta de Miguel. Y como me dice la carta de Josefina, que se reproduce en la separata de este Congreso: «Querían matarlo, como lo han muerto». Hago mías estas palabras. Muchas gracias. (Aplausos).

Juan Martínez Leal: Muchas gracias a todos por el esfuerzo de brevedad, que les agradezco sinceramente.